

## ¿ POR QUÉ NO SABE LEER EL NIÑO ?

En la casa ya era tema recurrente y majadero. Las tías deslizaban preguntas hechas de ademanes que pretendían pasar inadvertidos a la madre del niño que, paciente y digna, hacía la que no se enteraba. La preocupación se iba adueñando de la familia entera, esparciéndose como reguero a las amistades cercanas y lejanas.

“¿Saben?... El niño, el más chico de la Celia, aún no sabe leer ni escribir... Y sí que va a cumplir... déjame recordar.. ¡ Claro !... ya va en los ocho años...”

“¡No te puedo creer!...¿Tantos?... ¡Por Dios, que pasa rápido el tiempo!... ¿Y te has fijado que, además, le cuesta hablar? Apenas un poquito, claro... Como que tartamudea de repente... ¿Será por eso? ”... “¡Pobrecito!... Y tan lindo que lo han de ver...”

Gonzalito, mientras tanto, ajeno a todo ese barullo, se sentaba en las rocas, a la orilla de ese mar bravo de Lebu, y miraba, por horas enteras, fascinado y asombrado, esas olas que ofrecían sus grupas relucientes al sol poniente. Se quedaba allí, quieto, inmóvil, esperando mientras entornaba los ojos para resistir la herida de esa luz que rielaba desde el horizonte, .

Por fin, un día, en el momento en que el último jirón del sol se hundía en el mar, llegaron ellas... las palabras. Las traía consigo el viento del atardecer,.. Acudían a borbotones con sus extraños conjuntos de signos y se arremolinaban en su mente, venían montadas en las olas, una sobre la otra, ruidosas, desordenadas, enredadas, llenas de misterio y de vida.

Se multiplicaban confundiendo sus sonidos y sus formas con ese mar amigo que las iba esparciendo por el aire. El niño, lleno de risas, perseguía ese vendaval de letras por el roquerío, corriendo y brincando con sus brazos extendidos. Las agarraba al vuelo y se las llevaba a la boca, tragándose las de un golpe. Las engullía como un hambriento, sin miramiento ni selección alguna...

Verbos, adjetivos, sustantivos, pronombres, adverbios, oraciones enteras, se fueron acumulando en desorden y llenaron más y más su cuerpo, hasta que la oscuridad se adueñó del cielo, poniendo fin a la cacería...

.....

“¡Gonzalito!, ¿donde andabas?...Contesta, hijo... tus hermanos te buscaron por todos lados... ¿ No sabes la hora que es?...Por qué nos haces esto?, ¡Dios mío!...

Mientras el rosario de reproches se desgranaba sobre el silencio del niño, sus ojos miraban fijamente el vuelo errático de una polilla alrededor de la única lámpara que alumbraba el pequeño cuarto.

La olla de la sopa canturreaba sobre el hornillo de la gran cocina a leña y el perfume del apio, del choclo y del cilantro iba envolviendo todos los rincones de la casa.

.....

Sentado en su cama, Gonzalito aún estaba despierto... Sus ojos miraban ahora, con intensidad, **hacia adentro**. A través de la boca que permanecía cerrada, escudriñaba, tratando de contar todos esos extraños signos cautivos y evaluar así el éxito de la última cacería. Su cara esbozó un gesto de aprobación. Sí, allí estaban ,... había logrado retenerlos a todos a pesar de todo y de todos.

Miró ahora hacia afuera. Se cercioró que sus hermanos, acostados a su lado en la misma cama, dormían y, con cuidado y ternura, fue sacando, una por una, esa multitud de mariposas que ya no cabían dentro de él.

Llenó la cama, las esparció sobre el cuerpo de los dos niños dormidos y comenzó, lentamente, el rito de ordenarlas en palabras. Al dar forma a la primera, el milagro estalló como un relámpago.

Las imágenes que lo habitaban desde siempre se entrelazaron con esos signos, formando un manantial incontenible de nuevos sentidos, una ronda bulliciosa que lo aturdió y asombraba con sus ritmos sin fin, en el silencio de la noche.

“Su” mar de Lebu, “sus” rocas, “su” madre, “sus” hermanos, “sus” árboles, “su” potro colorado que le robaron cuando tenía cuatro años, todas “sus” realidades y fantasías de adolescente eran, por fin, verdaderamente “suyas”. Ya las podía no sólo imaginar, oír y sentir, sino que, al verlas y **leerlas**, las re-conocía en esos conjuntos de signos que le revelaban su secreto, oculto hasta entonces.

Fue allí cuando descubrió y supo con certeza que ya hacía mucho tiempo que leía y, sobre todo, que escribía... pero que no se había percatado de ello, porque... lo hacía **hacia adentro**.

Desde ese mismo instante, Gonzalo Rojas se decidió, de una vez, a leer, escribir y hablar **hacia afuera**... Asumió la epifanía de ese relámpago como una unción sacerdotal, como una marca indeleble de la poesía que quería poseerlo y ser poseída por él.

Han pasado largos años... Ese poeta-niño ha seguido con su niñez a cuestas, con su transparente mirada escondida detrás de sus gruesos lentes, deambulando por el mundo, dispuesto siempre al amor de cuerpo y alma... Ha habitado su tierra y el mundo con innumerables palabras-mariposas que siguen volando sus colores alrededor y dentro de nosotros. Nos ha traído, desde su **“torrente hondo”**, el perfume y el sabor de la belleza con las imágenes poderosas de su poesía.

No soy un especialista; más bien me precio de ser “generalista” en lo que a poesía se refiere. Ella me ha acompañado durante gran parte de mi vida en una libre relación de gozo. Dante y Petrarca, Virgilio y Homero, Leopardi o Quasimodo, nunca representaron

para mí el fruto de imposiciones escolares. Siempre me negué, lo reconozco con humildad no exenta de cierta vergüenza, a considerarlos como “materia prima literaria”.

Mucho tuvo que ver con eso mi padre que, fanático del Alighieri, nos lo recitaba con tonos y ademanes de actor consumado y la musicalidad del “dolce stil nuovo” de Petrarca, que poblaba mi adolescencia de imágenes de inalcanzables doncellas a la orilla de esteros cristalinos.

Ya “grande”, irrumpió de pronto la nueva lengua madre. Me acogió, en un primer momento, con la ternura de Gonzalo de Berceo, que me recordaba los dulces sonos del habla de mis raíces. Siguió, con una constancia infinita, con Vicente, Teresa, Lope, Federico, Gabriela y con muchos otros y otras que me fueron enredando más y más con esta tierra, al fin del mundo, a la orilla del “otro” océano... Hasta que aterricé, de bruces, en los dos Pablos, que me robaron el sueño y me regalaron, a manos llenas, sus sonoras metáforas.

El otro Gonzalo, este de hoy, me llegó desde el silencio con su explosión de vida... Lo hizo, casi de manera subrepticia, en el instante preciso, sorprendiéndome cuando podía, después de cincuenta años en este lado del mundo, re-encontrarme con el amor vivido y por vivir.

Ahora estoy aquí para agradecerle eso y mucho más... Porque, entre todo lo que nos ha dado a raudales este eximio alquimista de la palabra, hay un regalo que considero el máspreciado de todos: **el amor transmutado en materia viviente**, en sangre y carne palpitante, más allá de todas las etiquetas del erotismo poético, por encima de cualquier definición ética o filosófica, libre de las ataduras de los estilos y de las corrientes estéticas.

Ha logrado reinventarse y reinventarnos cada día, en sus sueños y en los nuestros, devolviéndonos la pasión de la sangre y de la vida.

Esta Universidad de Concepción, lo ha visto en muchas de las lides de la cultura. Hace casi cuatro décadas, en 1960 y en 1962, como Director de la Escuela Internacional de Verano, fue el artífice de los dos encuentros que reunieron a los escritores y a los pensadores más emblemáticos de la época.

Carlos Fuentes, a los treinta años del acontecimiento, afirmará acerca del nacimiento del boom de la literatura latinoamericana: “...Cada uno tiene su versión; la mía, que comparto con José Donoso, es que todo empezó en la Escuela de Verano de la Universidad de Concepción, cuando Gonzalo Rojas, el gran poeta chileno, nos reunió a varios escritores y críticos...”

Pienso que hoy volvemos a transitar por el mismo camino.

Es con este sentir que agradezco a las autoridades de esta Casa de Estudios, la cálida

acogida y su valiosa y entusiasta cooperación con esta iniciativa que, estoy cierto, significa el reencuentro con la mejor tradición de nuestras universidades, con el sentido más profundo de su rol de forjadoras de pensamiento en la sociedad de este fin de milenio.

A ustedes, estudiosos y académicos de cerca y de lejos, que nos acompañan para reflexionar acerca de la obra de nuestro y vuestro poeta, les quiero agradecer su disponibilidad y su presencia, más allá de los conceptos y de las palabras, porque sé que están aquí por una razón que es más poderosa que la de una brillante participación en un complejo ejercicio de erudición.

Agradezco también a ustedes, jóvenes músicos, que han aceptado el reto de inspirarse en la poesía de Gonzalo Rojas como materia prima para sus creaciones, borrando con su imaginación los límites que intransigentes expertos han impuesto a las infinitas formas de la música, encasillándola en diferentes categorías o estilos. La presencia de su arte en este homenaje es un testimonio vivo de que la voz de nuestro poeta ya la pertenece a las nuevas generaciones.

Puede que todo esto y mucho más sea cierto, pero me atrevería a decir que, en definitiva, todos nosotros estamos aquí por una única e idéntica razón. Estamos aquí, simplemente, porque queremos a Gonzalo Rojas y queremos que lo sepa.

Querido maestro y hermano, dejemos hoy que la emoción se adueñe de estos días, y que comience el ritual ancestral de la amistad entre semejantes que pertenecen a una especie que, en una lucha de inutilidad bendita, sigue construyendo el misterio, inasible e inenarrable, de su propia existencia. -

Claudio di Girolamo

Concepción, 28 de Octubre de 1998

Al querido maestro Lalo Parra,  
Salud y alegría a raudales.

Mi querido Lalo,  
Ahora que vuelves a tu tierra natal, esa entrañable tierra que nutrió tu niñez y tu canto, permíteme que, junto contigo, dé las gracias por tus enjundiosas ochenta primaveras.

Desde allí comenzaste a rasgar las cuerdas de una vihuela para atracar un día en la orilla de tu cueca chora.

Ahora estas allí, palpando, oliendo y escuchando tus recuerdos, en un reencuentro con la memoria que ya es una sola cosa con tu alma y tu arte.

Es en este momento cuando me gustaría estar contigo y descubrir la emoción en tus ojos al revivir el pasado. Quisiera acompañarte en este viaje de vuelta a tus inolvidables raíces y tomarnos un buen pipeño a la sombra de un parrón de San Carlos, Parral o Chillan, mientras damos riendas sueltas a esta yegua chucara del alma que siempre te lleva por huellas imprevisibles y cada vez más misteriosas.

Ser un Parra en Chile es un goce y una cruz...

Es estar tocado por una gracia extraña y poderosa que no admite renuncios ni vueltas atrás. Desde los siete años andas por este mundo repartiendo tu música y tu palabra con la guitarra a cuestras, remeciéndonos a todos a puros golpes de cueca, siempre joven, siempre abierto de par en par a la vida y a los demás.

En todos estos largos y fructíferos años has logrado entregar tu Ritmo Huachaca y del otro, con ternura, amor y esa picardía que te sale por todos los poros y que te acompaña desde siempre.

Gracias por todo esto y mucho más que nos sigues regalando.

Para ti, el choro más choro, como dicen en Parral,  
Para ti, que guardas en tus venas la sangre del entusiasmo...  
Para ti, en este regreso a esa casa grande de los recuerdos y de los sentires más íntimos de tu corazón,

Toda mi amistad, admiración y profundo cariño de hermano, Con un gran abrazo,

Claudio di Girolamo

## CAROLINA, AVE Y PEZ, EN LA PUNTA DE LAS COSAS...

Ave y pez, poesía y gráfica sutil, tierna y transparente.

Rigor, oficio, arte interior que nos lleva del alma al encuentro con el espejo de Alicia, viajando en la punta de las cosas, como quien teme despertar, inmerso en un sueño tenue y hermoso.

Y, al llegar al espejo, nos invita a entrar sin temor al mundo del asombro. Carolina, la de los ojos limpios y penetrantes, es la mejor guía, la mejor compañera de este viaje en el cual ella es a la vez puerta para entrar y ventana para salir volando...

“...y recordarás que tenías alas...”

En el hermoso catálogo de esta exposición, la propia autora y las autorizadas y profundas palabras de su maestro, Eduardo Vilches, nos relatan oficio e intenciones, objetivos estéticos y etapas de trabajo con una precisión que no admite añadidos.

Por ello es que me siento libre para acoger la invitación que brota desde las obras mismas, pequeños espacios entreabiertos que nos permiten penetrar en un mundo de mágica textura.

Es que la vida de Carolina, de cuyos ojos “salía el color”, es un misterio en todo el más certero sentido de esa palabra tan manida y tan siempre nueva a la vez. Se nos fue, cuando otros recién aparecen con palabras apenas balbuceantes, con su caudal de sueños a cuestas, con un bagaje de obras que tienen aspecto de frutas primerizas, maduras y sabrosas, como debe ser.

Se nos fue y está más que nunca aquí, con silencios y belleza, con su amor hecho imagen y su palabra apenas musitada en nuestros oídos.

Hay una simbiosis intensa y casi perfecta entre las dos poesías, la de la imagen y la de la palabra. Constituyen una sola unidad, indivisible y potenciadora.

Son la fiel expresión de una síntesis artística lograda sin aspavientos, sin estridencias inútiles, sino que a través de la humilde escucha del diálogo entre la materia y el alma.

Detrás de estos pequeños fragmentos de imágenes que parecen elegidas en desorden y casi al azar, se asoma con fuerza una visión de mundo muy depurada y muy personal. No me interesa aquí desentrañarla con agudas frases o conceptos eruditos;

prefiero dejarme llevar por la emoción que me asalta al contemplarlas mientras sus palabras se abren camino en mi conciencia.

“En mi paraíso hay dos árboles gemelos, uno crece hacia arriba y otro crece hacia abajo.... en mi paraíso hay un árbol que habla...”. Arriba y abajo, con sus raíces revueltas, los dos árboles son uno sólo, uno que habla y **nos** habla. La figura del árbol vuelve una y otra vez a instalarse en su pequeño y grande universo. Es, al mismo tiempo, el baobab del Principito y ese otro que al volver a mirarlo parece una luna y que, al mirarlo una tercera vez,... “ya no hay ni árbol ni luna...”

Todo en la obra de Carolina tiene la belleza frágil y poderosa de lo efímero, de eso que es apenas un reflejo o, a lo más, la metáfora de algo que está más allá de nuestra cotidianidad, esperando ser descubierto.

La memoria es el pilar sobre el cual construye sus breves trazos, coloreándolos con el oro que los vuelve preciosos e incorruptibles.

Memoria de las historietas infantiles, de mundos mágicos como el de Alicia en el País de los Espejos. Memoria de las imágenes atesoradas en sus viajes y que se graban para siempre en ella... “ Estuve en Florencia la semana pasada... sueño, sueño loco, casi volaba de alegría.. Botticelli y el Ponte Vecchio, maravilloso. Sigue allí Firenze, esperándome...”

Y Ginebra, Bruselas , Bruegel, Magritte y Rubens ... “En realidad tengo una sobredosis de museos para qué te digo... Además del overdose que vengo acarreado de chica.”

Bendita sobredosis de belleza que es capaz de afinar el ojo y el alma de Carolina y que la hace tan libre como para casar la Monna Lisa con el Pato Donald y de juntar a Minnie con Quetzalcoatl y una Señorita de Avignon con Michelangelo y Nefertiti.

No la conocí y sin embargo pretendo conocerla.

Ella misma da alas a esta osada afirmación:

“...Atravesando todos los cielos, soy ese árbol cercano y mis ramas tocan el último cielo más allá del cielo.  
Estoy en la tierra y mis ramas tocan el cielo y el cielo  
que está más allá del cielo...”

Por eso, sin pedirle permiso, he iniciado con ella una relación hecha de ternura y de admiración a través del tiempo, como un abuelo orgulloso de su nieta regalona.

La veo hoy guiñándome el ojo, en señal de aceptación, desde el otro lado de la

orilla, en la punta de las cosas. Desde uno más de sus innumerables viajes que esta vez, estoy cierto, la ha llevado al encuentro definitivo con la belleza y la libertad.

Claudio di Girolamo

A Carolina Bassi

28 de abril de 1998

AL AMIGO ALFONSO ALCALDE  
(Y a su antología poética)

PRÓLOGO

EL TROVADOR DEL IMAGINARIO COLECTIVO

Comenzaré por decir que tú, querido Alfonso, siempre fuiste considerado como un espécimen muy particular de la fauna humana chilena.

Contenías en ti mismo todos y cada uno de los mundos que, revueltos, conforman algo parecido a una identidad popular. No creo que alguna vez se te haya ocurrido preocuparte mayormente de dar a ese “menjunje” muy tuyo una estructura coherente, al estilo de la investigación sociológica o antropológica.

Dentro de ti, llevaste prendidos, como una doble piel, la mayoría de los atributos del Trúbico y del Salustio que te permitieron desplazarte por el mundo y por la vida con una gran dosis de improvisación y una creatividad desbordante.

La mayoría de tus historias, cuentos, poemas y demases, nos permite asomarnos a través de un hueco, parecido a una de esas puertas-ventanas que daban al tercer patio de una casa de campo, y mirar llenos de asombro esa galería de personajes que deambulan desde siempre por ahí, ejerciendo con dignidad el oficio de la supervivencia.

Todo tu mundo, que me atrevo a bautizar como “alcaldiano”, descansa principalmente sobre esa capacidad de sobrevivir a todo y a pesar de todo, que se adquiere al pasar a través del dolor con el humor en ristre, como la mejor arma para espantar a “don Sata” y rasguñarle a la vida un poco de dulce entre tanto agraz.

Es verdad que la risa casi siempre se transforma en una mueca, al acusar el golpe cuando ya todas nuestras defensas se han derrumbado, bajo la avalancha de tu humor cínico y desbordante.

Pero, también es cierto que volvemos a reincidir una y otra vez, sucumbiendo a tu imaginación y a tu lenguaje, repleto de giros populares, jugosos e irrepitibles.

Aclaremos de inmediato, que todo esto era y es, apenas, la gran fachada de la ancha y profunda mansión, de innumerables moradas, en la cual se cobija tu espíritu y tu verdadera carne.

¿Por qué esos caminos interiores no se transitan y nos limitamos apenas a admirar tu desbordante imaginación de tus formas, de tu agudeza del diseño, de la composición, sin atrevernos a golpear a tu puerta?

Es que intuimos que, al igual que en la realidad, el ingreso en el alma de alguien como tú es muy peligroso para nuestra instalada seguridad que nos mantiene cuerdos en apariencia y con una dosis saludable de insensibilidad.

Pero, por suerte, de improviso irrumpen en la tranquilizante calma, ráfagas huracanadas de emoción cuestionadora que nos despiertan de golpe a otra dimensión de nuestra humanidad.

### ALFONSO, POETA

Es lo que sucede hoy cuando, en esta antología poética, nos enfrentamos a otro Alfonso. Nos hundimos en la profundidad de un río subterráneo, con otro color de agua, con otra corriente que nos lleva al encuentro con tu alma, doblemente crucificada.

Toda tu piel se resquebraja, tu cuerpo se abre y de adentro brota a raudales el dolor y la sangre.

Descubrimos otro mundo, que siempre estuvo allí, escondido a nuestros ojos por el ejercicio de sobrevivirse que tú, poeta, ejecutaste con maestría hasta que el río pudo más y te envolvió en su caudal, llevándote.

Amor, pasión y compasión verdadera, son los materiales que componen una humanidad conocida y reconocida en la cotidianeidad de tu pobre y sufrida existencia y la va desvelando, con vigor y ternura a la vez.

Esperanza y desesperanza se unen en un abrazo recurrente en los versos palpitantes. De pronto el horizonte azul, hermoso e invitante. Un abrir y cerrar de ojos... y se transforma en nubarrones densos que descargan la tempestad sobre las pobres figuras de los sobrevivientes.

Es demás conocido el fenómeno de nuestra identificación emocional con la obra de arte, cuando esa toca fibras especialmente sensibles de nuestra conciencia

Por mi parte, me quedo con tus **Salmos** y con tus **Variaciones sobre el tema del amor y de la muerte**.

Reconozco que me marcan profundamente los temas del amor y del perdón y que la melodía de los salmos se adhiere con fuerza en cada fibra de mi alma, hasta el punto de no saber si mis pensamientos, sensaciones y emociones me pertenecen o son de aquel "otro" que se va adueñando, paso a paso, de mí.

Ese es, yo apenas lo supongo, pero tú lo sabías muy bien, el sentido último del hacer del poeta: adherirse, fundirse, desaparecer en el otro para seguir existiendo.

### ALCALDE, ENTRE EL CIELO Y EL INFIERNO

¿Por qué, Alfonso, de pronto se me ocurre este lugar para situarte en mi recuerdo?

Todo lo que yo conozco de lo escrito por ti, confirma el punto de vista de alguien que viene de vuelta desde lo más desgarrado de sí mismo, a medio camino entre el amor y la muerte.

Uno que, como tú, se viste con la coraza del humor para sobrevivir, uno que se fabrica otra piel y la endurece a golpes de risa y de sarcasmo, tratando de equilibrarse entre el cielo y el infierno.

*“Mi dolor viaja sin partir, fundado en terciopelo,  
registrado bajo vidrio, embetunado por la sal,  
erguido a cuchillazo limpio.*

*“Mi dolor es tan grande que da risa.”*

Por otro lado, no hay remedio mejor para salir del infierno que el de asumir los dolores y tratar las heridas curándolas con una sobredosis de cielos abiertos y de algo parecido a la esperanza, a lo mejor recién nacida o apenas balbuceante, pero esperanza al fin, que puja por salir a la superficie, a pesar del agobio y de la desesperación.

### EPILOGO

### BENDITA PORFÍA

O, también, podemos remontar el oleaje del dolor y de las calamidades, con esa porfía de dientes apretados, que es el último recurso al cual se echa mano, para que no se escabulla, lejos de nosotros la poca o mucha dignidad que aún nos queda...

*“Me cortarán las manos y seguiré escribiendo  
a tiro fijo, atrincherado y menos digno.*

*Enviarán mis ojos no sé donde y porfiadamente  
seguiré escribiendo.*

*Sumergido en el fondo de los ríos  
y en la misma soga del ahorcado seguiré escribiendo.*

*Decapitado y con las entrañas en otro sitio,  
también seguiré escribiendo.  
Golpeado y cincelado y puesto a gastar  
contra los días y contra mí mismo  
seguiré escribiendo.*

*Con mi cabeza como antorcha  
y cavando mi propia tumba  
seguiré escribiendo.”*

Así es tu porfía, querido amigo Alfonso. La que nos has dejado a todos como tu último legado, unida a tu emblemática partida, entre el amor y la muerte.

Tu obra entera, entre risas y congojas, seguirá adherida al alma de este pueblo tuyo, que siempre será un poco raro, imprevisible e impredecible, pero porfiado y aferrado a su predestinación a la supervivencia, a la ternura y al verdadero amor que es capaz de construir los sueños de todos.

Hasta siempre, Alfonso...

Claudio di Girolamo

15 de mayo de 1998

Santiago, agosto 11 de 1999

Señor  
Ricardo Lagos  
Presente

Apreciado Ricardo:

Me permito, con esta carta, distraerte unos momentos de tu intenso ritmo de trabajo, para compartir contigo, muy sumariamente, algunas reflexiones que suscitan tus propuestas al abordar el tema de la Cultura como responsabilidad de Estado. Espero que comprendas cuan cerca de ellas estamos y la significación que tiene para nosotros el poder participarte en estas breves líneas nuestro pensamiento y las acciones que hemos emprendido en ese campo.

Como sabes, desde hace un poco más de dos años, en la División de Cultura del Ministerio de Educación, nos hemos esforzado por construir ciertos prerequisites y fundamentos de una política de Estado en el ámbito de la cultura.

Nuestros esfuerzos se han concretado en iniciativas que me atrevo en calificar de emblemáticas. Estamos culminando una *Cartografía Cultural de Chile*, desarrollando los *Cabildos Culturales* (focalizando orientaciones hacia la juventud y, especialmente, hacia los sectores materialmente más carentes) y *Descentralizando* territorialmente nuestras políticas en las regiones y comunas de Chile. Para tal efecto, hemos reorganizado la División de Cultura y hemos hecho un gran esfuerzo por introducir, en todos nuestros procesos, estrategias de planificación y análisis de impacto de lo que se impulsa.

Pero, la División de Cultura es un departamento muy pequeño del Ministerio de Educación y su gasto anual por habitante es de alrededor de un dólar, si se consideran los Fondos Concursables y los gastos operacionales en los cuales se incurre. Es decir, desde cualquier perspectiva, los recursos con los cuales contamos para una sostenida acción cultural son escandalosamente escasos.

Sin embargo, el problema no es sólo de recursos, aunque esto sea muy clave, y tiendo a pensar que tampoco es fundamentalmente institucional, aunque una nueva legislación sea un substrato determinante para proyectar la cultura en el próximo siglo. A pesar de que parezca redundante, la cultura es esencialmente un tema cultural, es decir, tiene que ver con una manera de mirar el mundo, con una capacidad de asumir la perplejidad de la existencia y con una sensibilidad para transformar a la creación, como proceso existencial y psicológico, en elemento constitutivo del desarrollo y del despliegue de las capacidades de realización personal de cada uno de los chilenos.

Toma esta nota como prolegómeno de un diálogo que me hace falta tener contigo, para intercambiar reflexiones y especialmente para contarte de nuestra experiencia, de cómo observamos con responsabilidad las cuestiones que nos atañen.

Realizar el balance de las políticas culturales que hemos implementado, todos los hombres y mujeres, que durante un poco más de dos años han trabajado mancomunadamente conmigo en la División de Cultura del Ministerio de Educación, es un esfuerzo inevitablemente selectivo. Por más exhaustiva que sea la descripción de los procesos, de las estrategias y de sus efectos siempre quedará algo que no será justamente incluido en los registros formales y que, sin embargo, ha sido sustantivo para el cumplimiento de algunos de nuestros afanes.

El intento del análisis total choca siempre con la imposibilidad de una arqueología completa. Reconozco que todo balance es, de alguna forma, arbitrario; por ello, busco situarme desde la austeridad, entendiendo lo provisorio de mis conclusiones y el carácter de borrador que tienen estas notas que intento compartir. En ellas quiero resaltar algunos elementos que creo deben ser integrados a la reflexión y al debate actual sobre Estado, Cultura y Desarrollo.

La historia cultural de nuestra República, que dentro de un poco más de una década cumplirá doscientos años, ha sido discontinua, accidentada, pero de una pasión constante. Parte sustantiva de lo que llamamos historia nacional es la trama de nuestros hábitos, formas de hacer y de crear la artesanía y el concepto, la crítica y la obra, la autorreflexión y la cosmovisión. Sin embargo, la política cultural, en términos de centralidad de Estado, ha sufrido interrupciones muy relevantes; muchas veces ha sido débil y en ocasiones episódica, como se constató ya en los debates de la generación del centenario. Lo constante ha sido subsumir la cultura dentro de la Educación y por tanto, ubicarla en el territorio de sus estrategias, prioridades y formas.

Recordemos que los esfuerzos fundacionales de nuestro país llevaron a transformar lo educacional y las destrezas científicas, tecnológicas y cognitivas en factor decisivo del desarrollo como nación y, más adelante, las necesidades de profundizar ese desarrollo y superar los diversos atrasos estructurales enfatizaron, aún más, la predominancia de las grandes iniciativas de progreso material. Esto, si bien es comprensible en naciones fundadas un poco desde arriba como lo son prácticamente todas aquellas que conforman la historia Latinoamericana, es claro que ha provocado un desequilibrio muy marcado entre educación y cultura, que en el caso de Chile es demasiado excesivo y constante. De hecho, nuestra cultura se ha abierto paso cuesta arriba a través de las diversas carencias, dificultades e incomprensiones.

Es pertinente preguntarse por qué en la historia nacional no ha existido un Ministerio de Cultura o alguna institución que, por su alcance y significación, le sea equivalente. En muchos momentos, nuestros artistas e intelectuales y nuestros políticos más lúcidos han instalado la discusión, pero urgencias, crisis o cambios en la conducción del Estado han desvirtuado siempre estos objetivos.

Es sabido que en Europa, especialmente en Francia, el Estado juega un gran rol cultural; también que en Norte América y específicamente en Estados Unidos el mundo privado y empresarial sostiene grandes proyectos.

Pero, para los fines de pensar desde Chile, creo que no es bueno instalarse en esta polaridad, entre lo que podría denominarse el modelo francés frente al norteamericano. Lo que sí me importa es cómo, en términos de despliegue y desarrollo, la cultura en cuanto proceso, ética y forma de recrear la realidad, se introduce en nuestra vida cotidiana e institucional como variable determinante de cualquier estrategia de desarrollo y de cualquier paradigma de progreso. En este sentido, lo cultural es un tema de alcance nacional y, por ello, debe ser preocupación del Estado el colaborar con su expansión.

Es importante enfatizar que lo anterior no plantea, por supuesto, que debería existir una "Cultura de Estado". Los ejemplos históricos en este plano son demasiado recientes, trágicos y claros como para ahondar en sus grandes inconvenientes. La propia realidad del Estado contemporáneo la hace tan imposible como regresiva, presionado como está, desde abajo, por las nuevas demandas ciudadanas de participación, descentralización y transparencia y, desde afuera, por los nuevos mega-procesos de la internacionalización del conocimiento, las decisiones, el comercio, las tecnologías y, en definitiva, por las políticas.

Pero, por ello mismo, no hay que sucumbir a la superstición de que el mercado reemplazará, democrática y equilibradamente, al Estado en este campo. El mercado no es automáticamente análogo al desarrollo. Es una categoría indispensable, pero no única ni menos reemplaza al rol del Estado.

En el campo cultural, si quedamos atrapados entre lo que el Estado implementa y lo que el mercado sustenta, quedan fuera gran parte de los procesos que se producen en ese otro gran actor de los fenómenos sociales, cual es la sociedad civil. Entiendo por ella ese tejido y entramado en que hombres y mujeres, de diversas biografías y ubicaciones sociales, establecen relaciones de creación, de intercambio y de cooperación a través del habla, de la historia y de las costumbres, construyendo realidades determinantes de la existencia de una nación y de un país, ya que hacen referencia, entre otras cosas, a la forma en cómo vivimos el mundo y nos situamos en él. La sociedad civil es un concepto que expresa ansias de participación, de derechos, libertades y protagonismos.

Si por un lado el concepto de cultura de Estado conduce al despotismo político y ético, por el otro la predominancia sin contrapeso de la industria cultural lleva a la cosificación mercantilizada de todo lo creativo.

Tener una **política de Estado** respecto de la cultura, implica contar con una institucionalidad que genere los espacios para democratizar el acceso a la cultura, en sus diversas manifestaciones y niveles y, especialmente, para que el ciudadano llegue a ser una persona que abarca a la cultura como derecho y como forma de vida en su propia existencia cotidiana.

Una política cultural implica, por ello, una medida y un equilibrio entre tres categorías: la sociedad civil, el Estado, como ámbito de la política, y el mercado. De las tres, la sociedad civil es la fundamental. Pero para que ello ocurra el Estado debe asumir sus responsabilidades en términos de un concepto de democracia y participación que sea redistributivo a favor de los más carentes o, dicho de otra manera, de una suerte de discriminación positiva a favor de la cultura.

Por otra parte, existen también los enfoques que banalizan los temas de la creación. Se suele congelar muchas veces a la cultura como entretenimiento, es decir, como algo que permite divertirse sin dejar una gran impronta y huella. Se trataría de un pasatiempo, de manera que el tiempo transcurra efímeramente en nuestra existencia y nos permita olvidar las dinámicas en las cuales estamos inscritos. En otras ocasiones, se suele congelar a la cultura en el exclusivo concepto de arte como un fenómeno repleto de excelencias, complejidades y sutilezas que ocurre solamente en espacios doctos y especializados. La cultura tiene algo de entretenimiento en la medida que es lúdica, en que recrea lo creado, pero no es efímera ni banal.

En ella también ocurren sucesos cargados de historia y de significación muchas veces ancestrales, y de ensayos complejos, pero no es por ello, laberíntica ni excluyente. Democratizar el acceso a la cultura es ensanchar la ciudadanía y aumentar la capacidad de reflexión, creación y crítica de los habitantes de una nación, que hacen más significativo al propio concepto de país.

Por eso, pienso que tener una política cultural es culturizar los diversos debates y procesos que ocurren en los entramados de la cotidianidad. Tiene que ver con vincular cultura y salud mental, cultura y capacidad de aceptar la diversidad, cultura y sensibilidad frente a lo que ocurre en el mundo y cultura y resignificación de una historia nacional donde quepan todos, con sus dignidades y sueños a cuestas. Es decir, no separo la cultura de la vida, de la aventura de la existencia que, por más que pretendamos planificar y dirigir, siempre terminará sorprendiéndonos y obligándonos a inventar nuevas maneras de recrear a la humanidad.

Estas hipótesis de trabajo que de alguna manera comparto contigo, a través de estas líneas, son hoy partes de un proceso más amplio y exhaustivo de definición de políticas y prioridades en la División de Cultura.

Con todo, tengo interés que podamos reflexionar sobre estos temas y ver de qué forma lo que estamos haciendo ayuda a reinventar este Chile como el país democrático, humanista y desarrollado que hemos soñado siempre.

Te saluda con la amistad de siempre,

**CLAUDIO DI GIROLAMO CARLINI**

## CON LA VOZ LLENA DE PAJAROS CANTORES

### Con ocasión del lanzamiento del nuevo disco “Colores”, de Isabel Parra.

La anciana se desplazaba pausadamente por el camino de tierra, bordeado de zarzamoras y altos álamos. Apoyándose en una rama de peumo, convertida en bastón, aprovechaba su lento andar para escudriñar con atención ora a un lado, ora a otro del camino, orientado implacablemente de oriente a poniente, las frondosas copas de los árboles.

El sol, ya casi al final de su recorrido, golpeaba sus ojos de frente, dificultándole su objetivo y obligándola a proteger la vista con su mano como visera. Era muy extraño verla avanzar con esa mano clavada bajo su frente como en un saludo militar.

De pronto, un pequeño recodo que producía un breve cuchillo de sombra, le anunció el fin de su viaje. La anciana se detuvo y se acomodó en ese justo y angosto espacio, sentándose en la gran piedra. Por fin, pudo alejar la mano de su cara y mirar con tranquilidad, sin entornar los ojos, los preparativos del gran concierto...

También hoy había llegado a tiempo para asistir a la cita diaria con sus amigos los músicos cantores. Se quedó quieta, como siempre, respetando con paciencia, durante algunos minutos, el ajetreo de cientos de pájaros que iban y venían de rama en rama entre los árboles cercanos.

El sol, después de un último destello, se escondió al filo de los cerros lejanos y el silencio reinó por un instante... Después, irrumpió el canto... Como a una orden, al mismo tiempo, los pájaros empezaron sus gorjeos. Lanzaban y recibían un sinfín de notas y tonos que se iban juntando en racimos y bajaban hasta inundar el aire con su colorida armonía.

Edelmira, la partera, con los ojos cerrados, se dejaba llevar por esa sensación de paz que todos los días la inundaba y la guiaba por los intrincados caminos de la multitud de sus recuerdos. El canto de los pájaros le traía de vuelta el sonido de los primeros llantos de esos innumerables críos que había ayudado a traer al mundo. Ya había perdido la cuenta de cuantos de ellos, jóvenes, adultos y algunos casi viejos, patiperreaban hoy por el mundo. Eran una multitud y, sin embargo, les conocía el nombre a todos, simplemente porque era ella la que se lo imponía, con una decisión y seguridad que no admitía réplica, tomando en cuenta los avatares de cada nacimiento.

Decían por ahí que la llamaban porque tenía manos suaves y sabias y que podía predecir la suerte a los recién nacidos... Esto último no era un invento. La Edelmira sabía leer en todos los detalles del parto: al palpar el vientre de la madre antes del alumbramiento,

podía determinar el sexo, el color de los ojos y del pelo. Al momento de parir, según la postura de la guagua y como venía el cordón, era capaz de ver y contar los sucesos que irían marcando su vida. Por el llanto, sabía lo que iba a discursar cuando grande y por las manos y los pies predecir sus andares por el mundo...

El canto, allá arriba, seguía creciendo y expandiéndose por todas partes. La anciana, acunada por sus recuerdos, agradecía ese momento perfecto, cuando creyó oír a lo lejos que la llamaban por su nombre.

“Abuela Edelmira, abuela Edelmira...” Eran el Tomacho y la Juanita, sus nietos regalones, mellizos sietemesinos que le habían costado trabajo extra para sacarlos en buenas condiciones. Venían corriendo por el camino, agitando sus brazos, sin dejar de gritar... “Abuela, abuela... apúrese, la necesitan...”

Al llegar a su lado, con los cachetes colorados que parecían estallar, con palabras atropelladas entregaron el recado que traían...

“Te llama la Viola, la cantora, dice que te apures que si no va a parir antes de que llegues...”

Sin esperar respuesta, la tomaron de la mano, uno por cada lado y la arrastraron de vuelta hacia el pueblo. La abuela, alegando, traqueteaba a pasitos cortos, tratando de llevar el ritmo de la carrera de los chiquillos.

Frente a la casa de la Viola, muy alborotado, un pequeño grupo de comadres estaba a la espera... Al ver llegar a la partera, un coro aliviado la recibió dando la noticia hacia el interior... “Ya llegó, ya llegó la Edelmira...”

La entraron como una tromba hasta la pieza. Allí estaba la Viola, tendida en la cama, secándose el sudor... “Que bueno verla, comadre, ya no daba más de apretar las piernas para que usted alcanzara a llegar...”

La anciana tomó de inmediato el control. De una mirada se aseguró que las otras mujeres habían hecho su trabajo. Los paños blancos estaban dispuestos y el agua para limpiar a la guagua ya estaba en el jarro a la temperatura justa. Echó a todos para afuera y se arremangó el chaleco hasta más arriba de los codos. Metió las manos en el agua de la palangana y se las restregó con fuerza.

Se acercó a la Viola, la ayudó a abrir las piernas y, concentrada, se quedó esperando. Esta vez no se habló una palabra entre las dos mujeres; algo diferente estaba sucediendo en el pequeño cuarto de esa casa de campo. Edelmira puso ambas manos sobre el vientre de la mujer y cerró los ojos. Viola hizo lo mismo y las dos se quedaron esperando...

Abrieron los ojos al mismo tiempo... Cruzaron una mirada cómplice. Las dos, habían oído lo mismo... una voz de mujer que cantaba suavemente, casi susurrando. Pusieron atención. Edelmira pegó su oreja al vientre de Viola. Sí, no cabían dudas... De allí salía... Se concentró con todas sus fuerzas y logró descifrar las palabras, que iban brotando, lenta y rítmicamente, una tras otra,

Como agua en el molino  
Van dando vueltas  
 Las palabras me llaman  
 Y me despiertan...

Ahora estaba claro como el agua...

“Ya, Viola, puja... llegó el momento...” .....

Fue niña y nació de pie. Cuando le pegaron en la espalda para que respirara, en vez del llanto salió de su garganta un gorgorito suave que le recordó de inmediato a la partera el canto de los pájaros en las altas ramas de los álamos del camino.

La lavó, la envolvió en los paños olorosos a lavanda, miró fijamente a la madre y se la presentó diciendo:

“Su cuna será la guitarra, se llamará Isabel, y su voz se llenará de pájaros cantores”.

Después de lo cual besó en la frente a la guagua, le hizo con los dedos la señal de la cruz en la boquita, la depositó suavemente, pero con decisión que no admitía réplicas, sobre la guitarra de la Viola... dio media vuelta y se fue...

.....

Han pasado varios años desde aquel momento. Muchos se han ido y otros han llegado tejiendo la vida alrededor de la niña Isabel. Ella, mientras tanto, iba haciendo realidad la profecía de Edelmira, la partera, aquí y allá, con su guitarra al hombro y su voz llena de pájaros cantores.

Sacó de su madre la poesía, que a esa altura era como una enfermedad de familia, entre tíos, hermanos, hijos, hijas y nietos que, al verlos y oírlos juntos, se iban pareciendo cada vez más a ese coro de pájaros del cuento de la vieja partera. La vida, con sus golpes y caricias, fue afinando el cantar de la Chabela, hecho de todo un poco, como su andar azaroso por caminos impensados.

Hoy, acompañada por Silvio, Tita, Antar, Milena, Horacio, Inor, Niurka, Manuel, Jorge y Cristina, nos hace un nuevo regalo, enriqueciendo su paleta con otros colores y, de paso,

nos revela todas las palabras que Edelmira, en aquel día lejano, oyó brotar del vientre fecundo de Violeta...

Como agua en el molino  
van dando vueltas  
las palabras me llaman  
y me despiertan.

Las tomo entre mis manos  
las coloreo  
después de un boca a boca  
las saboreo

***Las palabras son vivas***

tienen historia  
tienen un nacimiento  
una memoria.

Esas que van directas  
al corazón  
no están en contrapunto  
con la razón.

La palabra que diste  
no la cumpliste  
las que hablan de amor  
son lo mejor.

Claudio di Girólamo

30 de agosto de 2000

LANZAMIENTO DEL LIBRO  
“TESTIMONIOS – ANA GONZALEZ, PRIMERA ACTRIZ”

Intervención de Claudio di Girolamo  
Santiago, 3 de septiembre de 2002

Muy querida amiga Ana,

Las páginas de estos testimonios de una vida, se me escurrieron entre las manos y el alma, como un largo torrente de imágenes y emociones, ligadas a tantos recuerdos con sabor a nostalgia y a ternura. La gran cortina roja, la misma de tus sueños infantiles, se ha abierto y cerrado una eternidad de veces, lenta y solemne, sobre tantos sueños e historias de los muchos que hemos tenido la suerte de acompañarte en algún momento de tu largo camino artístico.

Es el momento mejor para recordar, recordarte y recordarnos, enredados irremediabilmente con más de cincuenta años de porfía y amor por mantener vivo el milagro que encierra ese pequeño y mágico espacio del escenario. Allí mismo donde tú supiste entregar lo mejor de ti misma en cientos de relatos que nos contaban, de diferentes maneras, el mismo cuento de alegría y dolor del caminar de todos por la vida.

Pero, el regalo máspreciado que nos has dejado durante tu largo andar, Ana Desideria de siempre, es, sin duda alguna, la risa. Esa misma que es muy mezquina y avara a la hora de aparecer en nuestros rostros; que pareciera estar muy conforme con vivir escondida bajo la piel y que, solamente a veces, se atreve a asomarse en miradas cómplices o en una tímida sonrisa apenas esbozada y con aire de condescendencia.

Tú la liberaste y la hiciste explotar en carcajadas, a borbotones, para inundarnos enteros, derribando de paso nuestra falsa, ridícula y prefabricada fachada de impasibles ingleses de América del Sur.

Por eso, Chile te debe sus mejores momentos de reencuentro consigo mismo; su deuda contigo va mucho más allá de los galardones ganados, de las condecoraciones o los premios nacionales otorgados. Está bien, todo eso te lo mereces de sobra, pero hay mucho más que agradecerte. Tú supiste acercarte al pueblo y traerlo a la conciencia de todos; tu Desideria ha sido retrato fiel y dignificado de innumerables mujeres que han trabajado y siguen trabajando su vida con constancia, esfuerzo y porfiada esperanza.

Ese personaje tuyo es de los que vencen lo efímero, que no mueren cuando se acaba el programa radial o se apagan las luces del escenario. Es de la especie rara de unos pocos que logran pegarse en tu alma, que te acompañan para siempre y se convierten en el espejo en el cual, mirándote, llegas por fin a reírte de ti mismo y de las tantas cosas inútiles que te parecen tan importantes y definitivas.

Al recorrer las fotos que aportan las imágenes visuales a tu larga historia, revivo tus creaciones teatrales y mi primer acercamiento a tu versatilidad escénica.

Es como asistir de nuevo a la proyección de una película de esas que se solía filmar en familia para verlas todos juntos entre comentarios, risas y un poco de nostalgia. “¿Te acuerdas de esa vez cuando...?” “¡Por Dios, qué cambia uno...!” “¿Quién es ese que está contigo...?” “¡Que pinta más graciosa...!” “Y ese, que ya no esta con nosotros...!”

Y vamos enhebrando recuerdos comunes y reanudando amistades y afectos en un interminable buceo en anécdotas, chascarros y situaciones sufridas y gozadas juntos.

En el lejano 1949, apenas un año después de la llegada de mi familia a esta mi segunda patria, te vi por primera vez en un escenario, en el solemne Teatro Municipal, ese mismo de la más imponente cortina roja de Chile. En esa ocasión, se levantó sobre las majestuosas columnas del Covent Garden de Londres, y un presuroso vaivén de personajes que se protegían con sendos paraguas de una lluvia “de verdad” que sacó entusiastas aplausos a los asombrados espectadores. Por sobre de ese pequeño tumulto, la voz chillona de Elisa Doolittle, pregonando sus pequeños ramos de flores.

Yo todavía era muy inexperto en ese nuevo idioma, como para entender los giros y las intenciones recónditas del lenguaje popular, pero no tanto como para no fijarme en la presencia escénica de esa actriz, aún desconocida para mí. Fernando Debesa me la presentó, al final de la función... “Ana Gonzalez”, “Claudio di Girolamo” “¿Claudio, cuanto?” “¡di – Gi – ro – la – mo!” “¡Ah!... Mucho gusto...”. Después de lo cual, me lanzaste unas cuantas frases a una velocidad inusitada que yo, sin entender mucho, trataba de absorber con una sonrisa de políglota consumado pegada a la cara,, Y hasta ahí llegamos, por mientras.

Dos años después, en 1951, ya éramos compañeros de ruta en el Teatro de Ensayo de la Universidad Católica, cuando compartíamos el solemne Teatro Municipal con el Teatro Experimental, el Ballet, el coro y la Orquesta Sinfónica de la Universidad de Chile, cuando nuestras “temporadas” se limitaban a diez o doce funciones después de meses de quilométricos y extenuantes ensayos...

Tú, mientras tanto, entre la radio y el teatro, te multiplicabas, dando vida a innumerables personajes que iban enriqueciendo tu bagaje de talento y de oficio.

Trabajamos juntos hasta 1956, cuando emigré hacia otros horizontes. Durante todo ese tiempo, pude crear espacios concretos en los que actuaste, vestuarios, que sirvieron de envoltorio a tantos caracteres de mujer que encarnaste.

Estuviste conmigo desde el primer momento de mi llegada: “La invitación al castillo”. “Sombra y sustancia” “Los condenados”, “El soldado de chocolate”, “El enfermo

imaginario”, vuelven a mi memoria como hilos con que se fue tejiendo nuestra incipiente amistad. Sin duda, hay otros, como el inolvidable Sergio Silva, Esperanza o Lute, Héctor Noguera o Hernán Letelier, tal vez tu más fiel amigo a través del tiempo, o los muchos que entregan su testimonio en esta publicación, que pueden exhibir con justicia una amistad más larga y profunda contigo, construida durante muchos años de cercanía y de trabajo.

No quiero “vestirme” con tu amistad, quiero solo decirte que, ya sea desde lejos o en los sucesivos reencuentros que nos regaló la vida, te he sentido siempre muy cerca, en lo bueno en lo adverso, en democracia y en dictadura, en el teatro o en la acción solidaria. He conocido tu valentía y tu compromiso con las causas justas y con las personas, mucho más allá de cualquier personaje que hayas encarnado.

Unas cuantas páginas de una biografía y de unos testimonios, por muy bien escritas que estén, nunca podrán contener una vida entera, Son apenas un intento por fijar en la memoria personal y colectiva el vivir de alguien que, como tú, significa mucho para muchos.

Su misión es la de ayudarnos a recordar y de volver a tejer en lo más íntimo de nosotros de manera entrañable la urdimbre de muchas relaciones y hechos que han marcado gran parte de nuestras vidas.

También constituye un llamado muy oportuno a reconocer y distinguir lo que permanece, de lo efímero de tantas pequeñeces que a su tiempo, nos parecieron demasiado importantes.

Querida Anita, no quiero seguir cansándote con lo mucho que hoy acude a mí desde tantos rincones del pasado. Te dejo conversando con tus queridas amigas, personajes que representaste tantas veces, que te acompañan hoy más que nunca y que seguirán a tu lado para siempre.

Ahora, tu estás logrando tu mejor actuación, la que siempre deseaste. La de poder alejarte de nosotros poco a poco, casi en punta de pies, sin aspavientos ni barullos inútiles y, acompañada por Pepe y tus innumerables recuerdos, dirigirte hacia ese mismo misterio que nos espera a todos, allí, al final del camino.

Lo haces con la precisión de una bajada de luz sobre la que cae lentamente el telón del final del primer acto de una obra que, por supuesto, no terminará allí.

Y mientras, entre el clamor de los aplausos y los vivas, se van encendiendo de a poco las luces de la sala, comienza a surgir, no se sabe de dónde, el otro pregón, el de doña Rosaura San Martín, esa emblemática florista de la Pérgola de San Francisco, fundiéndose con ese de hace tantos años de aquella otra joven florista inglesa. Se oye clara y potente su voz por encima del coro de las “pergoleras” que la acompañan:

¿Quiere flores, señorita?  
¿Quiere flores, el señor?

Tengo rosas muy bonitas.  
Para cualquier ocasión.

Las hay blancas como novias,  
Las hay rojas de pasión.

Y unas algo paliditas,  
Cuando es puro el corazón...

¿Quiere flores, señorita?  
¿Quiere flores, el señor?

Es la tuya, querida Ana, Desideria, Rosaura, que quedará para siempre acompañando a tu Chile que te quiere y que te admira.

Te saluda con el inmutable afecto y la profunda amistad de siempre,

Claudio di – Gi – ro - la - mo

**A TODAS Y TODOS  
MIS COMPAÑEROS DE TRABAJO  
DE LA DIVISIÓN DE CULTURA**

Queridas amigas, amigos y colaboradores,

Hace ya más de seis años llegué a San Camilo 262. Traía conmigo todo un mundo de experiencias de más de cinco décadas dedicadas al arte y a la enseñanza y, sobre todo, de sueños realizados y aún por realizar.

Desde el primer momento, me sentí acogido por ustedes y pude comunicarles y compartir con todos, mi entusiasmo y mi firme compromiso con la cultura de Chile. Al revivir esos días, vuelve a mí la expresión entre sorprendida e incrédula de muchos de ustedes cuando a los pocos días de haber llegado, en una reunión en la cancha, les planteé que uno de mis objetivos más importantes era el de poder trabajar con alegría y con un gran sentido de comunidad.

Después de tanto tiempo de convivencia, no sé si ese objetivo se cumplió a cabalidad, pero sí siento que lo que hemos podido construir tuvo su fundamento en un intenso y estrecho trabajo de equipo, en el que todos ustedes han aportado su parte de esfuerzo, dedicación y constancia.

Al mismo tiempo, la cantidad de iniciativas que hemos creado y llevado adelante está demostrando que todo lo realizado está comenzando a entregar sus frutos, de los que, con toda propiedad, nos podemos sentir orgullosos.

Basta revisar lo que han significado para la cultura de nuestro país los Cabildos, la Cartografía Cultural, la instalación de la Región del Reencuentro en el imaginario colectivo, la labor desarrollada con las Culturas Originarias, lo que ha aportado la regionalización del Fondart e innumerables otras labores que ustedes han realizado con tanto compromiso personal y grupal.

Pero, sin duda alguna, el más emblemático de los conceptos que hemos podido proponer a la comunidad nacional, es el de “Ciudadanía Cultural”, que se ha ido extendiendo dentro y fuera de nuestras fronteras. Una Ciudadanía hecha de participación, de respeto mutuo, de aceptación gozosa de las diferencias que enriquecen nuestra incipiente identidad como país y como pueblo.

Un concepto que se encarna en ciudadanos concientes de sus derechos y que luchan pacíficamente para obtenerlos pero que, al mismo tiempo, están dispuestos a cumplir sus deberes para lograr el pleno desarrollo personal y de la comunidad toda, en equidad y justicia.

Todo nuestro trabajo se ha volcado a la ardua tarea de recomponer el tejido social dañado por las políticas contra culturales de la dictadura, en alentar la participación de todos en la reconstrucción de la democracia, cada una y cada uno desde su propio lugar, con sus propias fuerzas y capacidades, sin excluir a nadie, sino, por el contrario, sumando voluntades y alentando el compromiso personal y colectivo.

Por mi parte, he tratado de entregarme completamente a mi tarea de conducir con firmeza un proceso de ampliación de horizontes y de objetivos, buscando restituir a la cultura el lugar que le corresponde en el desarrollo de Chile. Lo he hecho con una convicción profunda y con una confianza absoluta hacia todos ustedes, mis compañeros de ruta, que hoy me atrevo a llamar amigos y cómplices.

Porque en nuestro trabajo diario, codo a codo, hemos ido tejiendo no solamente un entramado de sueños compartidos, de esperanza y de compromiso profundo con nuestros proyectos, sino también, con el tiempo, casi sin darnos cuenta, nos hemos visto envueltos por lazos diferentes y seguramente más valiosos y durables, que tienen que ver con el afecto, la solidaridad y con la misma esperanza compartida.

Hemos andado largo trecho juntos, hemos pasado momentos de alegría y de tristeza, gozando la cordialidad y aguantando las tensiones, siempre empeñados en superar las dificultades y a asumir los riesgos que están presentes en nuestra vocación de servidores públicos.

Todo esto lo llevaré conmigo, como recuerdo entrañable y como desafío para el futuro.

Muchas veces les comenté que nuestro trabajo es un trabajo solamente apto para aquellos que han decidido ser sembradores y no cosechadores de éxitos fáciles. Es una tarea que exige un compromiso a largo plazo, mucha constancia y fuerza para resistir el hecho cierto de que los resultados son lentos en florecer, porque los valores que pretendemos proponer y sembrar deben primero echar raíces profundas en la conciencia ciudadana, para poder crecer y dar sus frutos.

Ellos no son otros que la belleza, la solidaridad y la equidad.

Hoy, vuelvo a ser un ciudadano más de la sociedad civil. Retorno a mi mundo del arte con un bagaje extraordinario de experiencias humanas que han alimentado mi paso por la querida División de Cultura. Me alejo de ella con la alegría del deber cumplido, con la certeza de que hemos logrado, entre todos, echar los cimientos sobre los cuales el nuevo Consejo Nacional de Cultura no podrá sino insertarse, continuando, enriqueciendo y ampliando la tarea que desde aquí hemos llevado adelante.

Este es también el momento preciso para agradecer:

A los Presidentes Eduardo Frei y Ricardo Lagos que me honraron con su confianza y su amistad.

A los tres Ministros de Educación, José Pablo Arellano, Mariana Aylwin y Sergio Bitar que me han otorgado, en todo momento, la libertad necesaria para arriesgarme a soñar y construir lo soñado.

A todas y todos aquellos que me precedieron en el cargo, como Jefes de la División de Cultura y que con su dedicación y empuje iniciaron la construcción de lo que hoy es un puerto seguro desde el cual podrá emprender su travesía el Consejo Nacional de Cultura.

Y, especialmente, a todas y todos ustedes, compañeras y compañeros de trabajo de San Camilo y de las regiones, que me aceptaron, creyeron en mí y que, con su aliento y confianza, me dieron la fuerza y la constancia necesarias para seguir cumpliendo mi deber con la cultura de Chile.

**Claudio di Girolamo**

7 de agosto de 2003

Querido don Raúl,

Estamos aquí para recordarte en tu cumpleaños número cien.

Para poner de nuevo en el corazón lo mucho que te debemos y lo mucho que te seguimos queriendo.

Tu eres parte importante de nuestras vidas. Tu figura llena muchos años de nuestra historia personal y colectiva; se ha vuelto un referente indispensable para aquellos que aún seguimos creyendo que la Iglesia, así con mayúscula, la hacemos todos y que la construcción del Reino de Dios se lucha en el día a día del aquí y el ahora.

Cuando alguien vive como tu lo has hecho arriesga caer en manos de los apologistas profesionales que se dedican a construir pedestales que van alejando lo humano y reducen un ser vital, contradictorio y cercano en un símbolo casi aséptico, que se presta a ser manipulado por la conveniencia del momento.

Tuve la suerte de encontrarme contigo al comienzo de los años sesenta del otro siglo. Mi amigo Jorge Díaz, quién aún era arquitecto, ex postulante al seminario salesiano y proyecto en ciernes del gran dramaturgo en que había de convertirse, me presentó como posible candidato para ejecutar la entera decoración mural del templo de San Juan Bosco en la Cisterna que recién se había terminado.

La cosa resultó y eso me significó un largo período de varios años de interminables viajes en una motoneta Vespa, atravesando toda la ciudad, desde Vitacura hasta el paradero 22 y medio de la Gran Avenida, y diarios almuerzos en el comedor de la comunidad Salesiana, con las consiguientes sobremesas plagadas de discusiones y debates acerca del trabajo y de la situación del país.

Recuerdo con claridad una de ellas en la cual las cosas llegaron a ponerse difíciles a raíz de algunos comentarios tuyos acerca de mi estilo de pintura que a tu juicio era demasiado “moderno” así entre comillas, para la comprensión de los feligreses del barrio, mayoritariamente de clase media, comerciantes y de clase obrera.

Llegó a tal extremo la diferencia de opinión que terminé el debate con una frase de esas para el bronce, que de vez en cuando a uno le salen sin pensarlo.

Muy tranquilo, te dije: “Mire, don Raúl, es mejor que usted no me siga discutiendo, porque usted es Salesiano”

Se produjo un silencio de esos que se pueden cortar con un cuchillo.

Tu, don Raúl, aparentemente calmado, me preguntaste “Y eso, ¿Qué significa?”

Ya no había posibilidad de volver atrás. Seis o siete pares de ojos salesianos me miraban fijamente y esperaban una aclaración a mis palabras que sonaban casi a insulto...

Tomé aire y, mirándote, dije lo que sigue imitando tu misma calma.: “Es que los Salesianos pertenecen a la única congregación católica que tiene cuatro votos en vez de tres (Una pausa justa para dar un poco más de suspenso)... Pobreza, Castidad, obediencia, y... MAL GUSTO”

Un instante e silencio y después... una carcajada tuya que se contagió al resto y que terminó en un brindis con el vinito de misa de la viñita salesiana de Macul.

El resultado de mi aseveración no se hizo esperar... Terminado el trabajo de San Juan Bosco, seguí con el Teologado Salesiano de Lo Cañas y con miles, literalmente miles de dibujos para los Catecismos y libros de religión de la Editorial Salesiana que algunos de los que hoy nos acompañan, seguramente han tenido en sus manos en su época de escuela básica.

En definitiva el sistema como siempre, ganó y me retuvo por varios años...Aún no se si fue porque yo me contagié con el gusto salesiano o ellos con el mío.

De párroco a obispo de Valparaíso, a Arzobispo de Santiago, hasta que el entrañable Juan XXIII te nombra Cardenal.

Y allí quedaste para todos los chilenos. No es necesario nombrarte con nombre y apellido. Cuando se dice “el Cardenal” sabemos perfectamente de quién se trata...

Nos reencontramos en el Comité Pro Paz y el la Vicaría de la Solidaridad, en la lucha por la defensa de los derechos humanos. Después en el Simposio de los Derechos Humanos de 1978, al alero de nuestra Iglesia Catedral. Con la Cantata de Alejandro Guarello, con los artistas del exilio y del “insilio”, (como los de adentro nos definíamos entonces) en la exposición de pintura en los patios del Convento de San Francisco, con la DINA en la puerta, “cuidándonos” de posibles desmanes...

Cuando asesinaron al padre André Jarlán en la Población la Victoria, tu ya no eras arzobispo de Santiago. Sin embargo fuiste a la Victoria y al ser requerido por los periodistas con la pregunta de siempre: “¿Qué siente en estos momentos?” “¿Qué opina?” , contestaste algo que te retrata de cuerpo entero y que hasta hoy nos cuestiona...

“Han muerto tantos, que el que muera un sacerdote está bien.... ¡¡Nosotros debemos morir con el pueblo!!”.

Tengo la suerte de haber podido atesorar esas palabras y esa imagen en mi documental “Andrés de la Victoria” como testimonio para las nuevas generaciones...

Mucho se ha dicho y aún mucho más habría que decir de ti, querido don Raúl,

En esta ocasión, quise desempolvar estos pocos recuerdos, simplemente porque los viví contigo, porque para mí no sólo fue un honor poder haberlos compartido, sino que porque me permitieron poder vislumbrar dos facetas de un ser excepcional que nos dejó un legado inigualable de cómo vivir la Buena Noticia en el mundo.

Por eso, cuando se trató de hacer una selección de personajes de nuestra historia, para representarlos en el mural que pinté para la universidad de Talca, no dudé un instante para incluirte. Y allí estás, con tu poncho, el mismo que está aquí en la exposición que te recuerda, en el Archivo Nacional, con tu boina, tu bastón y tu mirada socarrona de huaso maulino, entre Clotario Blest, Santa Teresita de los Andes y San Alberto Hurtado...

... Quién sabe que no sea algo premonitorio....

Bueno, llegó el momento de poner fin a esta pequeña carta, y no se me ocurre otra cosa que despedirme con el mejor homenaje que los chilenos te hemos concedido y que seguimos otorgándote en nuestro corazón.

“¡¡¡¡RAÚL, AMIGO, EL PUEBLO ESTÁ CONTIGO!!!“...

...Y siempre lo estaremos...

Hasta siempre, don Raúl,

Se despide con mucho afecto,

Claudio di Girolamo

25 de octubre de 2007

Carta a mi amigo el organillo,

Querido y viejo amigo, hermano inmigrante,

Cuando me interno en lo más enraizado de nuestra cultura popular, a veces me llevo unas sorpresas mayúsculas.

De improviso, un elemento, un modo de ser, un giro de palabras, una definición de cualquier tipo que consideraba muy de aquí, desde siempre, resulta ser otro inmigrante, igual que nosotros dos y de tantas y tantos más, que un día llegó desde lejos, hasta aquí para quedarse.

Y se adhirió de tal manera a esta otra historia y a otras vidas que se volvió inseparable de la identidad de ese otro pueblo que llegó a considerar como suyo propio.

Ambos somos hermanos mellizos de la cepa Carmenère, que en Francia ya no existe, y del rabel, ese instrumento tan chilote que durante la colonia se vino acá desde el otro lado del gran charco y que acompañó tantas melodías de nuestra entrañable Violeta y que sigue aún hoy al lado nuestro, cuando en España está prácticamente desaparecido.

Tú también, hermano organillo, rey indiscutido de plazas y calles, dispensador de nostalgia y recuerdos, llegaste al mágico puerto de Valparaíso de esta nueva tierra al fin del mundo.

Fue al final del siglo XIX, en uno de los tantos barcos que venían del viejo continente, con su cargamento de mercancías y de sueños, y que se iban de vuelta, repletos hasta el tope con el oro blanco del salitre, fecundador de tierras lejanas.

La enorme red de una de sus grúas te depositó, cuidadosamente envuelto en una caja hecha con esmero, a prueba de golpes. Eras uno de tantos, entre la confusión de los bultos y los enseres que atestaban el muelle, mientras una multitud de inmigrantes recorría el lugar en un desordenado vaivén en busca de sus valiosas, pobres pertenencias.

Alguien te rescató de ese aparente caos, y de pronto te encontraste, sin saber como, encima de una gran mesa, bajo la luz de dos lámparas a gas que revelaba tu verdadera identidad que brillaba en letras doradas. Eras el primero de muchos "BACIGALUPO SÖHNE" que vendrían después, salidos de las hábiles manos de los miembros de esa familia alemana de apellido tan italiano.

Ese alguien sacó de una pequeña caja el cilindro mágico de madera, erizado de pequeñas púas y lo colocó con esmero en tu cuerpo de madera, revisando acuciosamente varias veces la perfección del ensamble.

Lo hizo todo muy despacio, con los gestos del rito ancestral, precisos y simples del artesano artista. Tomó una de las lámparas y la acercó hasta casi rozar tu cuerpo. Dio varias vueltas a tu alrededor, controlando una y otra vez todo lo hecho.

Pareció conforme cuando se sentó frente a ti y te contempló con una sonrisa de satisfacción en la cual asomaba una cierta ternura. "BACIGALUPO SÖHNE", sí, los Bacigalupo hijos, podían estar orgullosos de su creación. No trató de esconder la emoción, cuando conectó la manivela y comenzó a darle vuelta con la soltura de un conocedor consumado.

El aire del pequeño taller de Cerro Alegre, de aquí se llenó entonces con tus primeros acordes del vals de moda de allá lejos que se colaron por la ventana hacia la callejuelas del puerto.

La luz temblorosa de un farol a gas, proyectaba la sombra de un niño, bailando al compás de tu música....

Así me gusta imaginar la primera noche en que se oyó por estos lados el ritmo pegajoso de tu extraña voz...

De aquella noche, ha pasado más de un siglo. Eres un aguerrido sobreviviente de los reiterados embates de la tecnología.

Has resistido y has ganado innumerables batallas desde entonces; te has enfrentado a la radio, al gramófono, a la música envasada en cassettes, en cd, mp3, i pod, i fone. Pareces tener siete vidas, como los gatos...

Por todo eso y mucho más es que estás de nuevo hoy junto a nosotros, mostrándote en gloria y majestad. Por otra parte, te agradezco que me ofrezcas una ocasión inmejorable para que todos los que estamos aquí y los que vendrán, podamos agradecer a quienes dan vida a tu música, a aquellos que se hermanan contigo con el apellido familiar de "organilleros" .

Sabes, no es malo depender de otro, para tener y entregar vida. No nos rebajamos cuando reconocemos nuestra necesidad de los demás para poder ser nosotros mismos.

Recuerda siempre, que tus hermanos organilleros y tus hijos chinchineros son los que te han permitido integrarte a la FIESTA, la mejor manera que el ser humano ha encontrado para agradecer la vida.. La música y la danza son indivisibles,

Mientras el Hijo organillero hace brotar tu música, el patriarca y el nieto aprendiz danzan juntos y marcan el ritmo con su percusión, repitiendo un ritual ancestral.

Tú y ellos han logrado mantener unida la cadena para que llegue a nosotros, eslabón tras eslabón, y siga más allá de nosotros. Organilleros y chinchineros, trashumantes, caminantes de cientos de caminos, llevándote con ellos, sobre ruedas o al hombro, deteniéndose en las plazas, en las calles. Reuniendo alrededor de su música y sus bailes a mujeres, hombres, niños, ancianas y ancianos construyendo junto a ellos la comunidad.

Entregándonos con empeñada constancia, las melodías de antaño, los pasodobles, los tangos, charleston y fox-trot, las tonadas y las cuecas...

Y todas las músicas que se han ido instalando con el tiempo en nuestro imaginario emotivo, que son el hilo conductor que sigue tejiendo la memoria común de nuestro pueblo.

Apellidos como Venegas, Castro y Contreras, Bustos. El Rogelio, la señora Charo, el Abuelo, el Cachete, el Pajaro Niño,, doña Sofía, algunos como dueños y empresarios, otros como trabajadores, pero todos ligados a tu vida de sobreviviente.

Yo, por mi parte tuve el privilegio de conocer un poco más a la familia Lizana, sobre todo a Manuel, al cual me liga, por lo menos de mi parte un gran cariño y amistad.

A él quiero referirme en especial, porque se ha atrevido a meterse en tus entrañas para sanarte innumerables veces.

Te arregló las desafinaciones de la vejez y la artrosis de tus engranajes, te hizo implantes para devolverte al brío de tu juventud. Hasta logró descubrirse constructor de organillos y echó al mundo unas cuantas criaturas, hermanos tuyos de este lado del mundo.

Tuve la suerte de estar a su lado y de otros más como él en su denodada labor para crear la Corporación Cultural Organilleros de Chile. Tengo la alegría de haber podido colaborar en su creación y el orgullo de exhibir mi condición de socio honorario.

Este es también un momento propicio para que tú también puedas agradecer a otros, que han dedicado su talento y un tiempo considerable de su vida, a la hermosa tarea de mantenerte vivo entre nosotros. Quiero hacer especial mención al menos de dos de ellos:

En primer lugar, el musicólogo Agustín Ruiz, colaborador del Área de Cultura Tradicional de la Entonces División de Cultura del Ministerio de Educación, hoy Consejo Nacional de Cultura y las Artes, quién, con mucho amor, paciencia y constancia infinita, ha acompañado el nacimiento y el andar de la Corporación.

El otro es el joven cineasta Rodrigo Quintana, que con su excelente y emotivo documental "Cartas a un amigo alemán", nos introdujo en la intimidad de tu mundo, en una historia familiar de dignidad y de amor al oficio, ligado a aquellos que te dan la vida, y renueva en nosotros el amor por lo nuestro.

Con tu permiso, querido amigo, quisiera terminar dirigiéndome precisamente a ellos, con unas pocas palabras de despedida.

Queridos amigos organilleros y chinchineros, gracias, por cuidarnos el alma.. Por recordarnos, es decir, por poner de nuevo en nuestro corazón, nuestros mejores sueños infantiles y de adolescentes.

Gracias por seguir diciéndonos con tozudez, que en algún rincón, tal vez olvidado o muy escondido de nosotros mismos, somos aún capaces de sentir, de compartir un poco de ternura y nostalgia, de esas que nos devuelven la seguridad de que, bajo la cáscara de hombres y mujeres ya “grandes”, sigue alimentándonos esa parte indestructible de niño, que aún es capaz de asombrarse con nuestro mundo, para cuidarlo y amarlo como se merece.

Se despide cariñosamente de ti y de todos los que hoy nos acompañan, con un enorme y fraternal abrazo,

Tu amigo y hermano inmigrante,

Claudio di Girolamo

Agosto de 2008

## A "RAOUL", CIUDADANO DE COFRALANDES

Querido Raúl,

Si te escribo estas pocas líneas, ahora que te has ido de nuestro lado, no es con la pretensión de contarme entre tus AMIGOS, así, con mayúscula, esos con los cuales tejiste una larga y profunda relación en el tiempo, entre luchas juveniles, historias y biografías compartidas.

Más bien lo hago para contarte que, desde que tuve la suerte de que nuestras vidas se toparan en algún momento de nuestro camino, siempre me he sentido un poco hermano tuyo en el transitar por rutas paralelas pero parecidas, labradas en latitudes diferentes, lejos de la tierra en que nacimos, tú por allá y yo por acá; aprendiendo, de a poco, de golpe en golpe, a vivir lo ajeno como propio y lo propio con otros ojos, cargados de distancia.

Aprendiendo a ejercer primero el oficio de inmigrante, después ese de la doble nacionalidad, que es casi como una doble militancia con los afectos, el alma y las raíces, partidas en dos... A sonreír con gentileza prefabricada frente a las preguntas inevitables y desatinadas: ¿Usted, se siente más chileno o francés?... ¿Más italiano o chileno?...

Como si eso fuera importante o le importara a alguien o que no bastara con los nuevos acentos de la lengua de acá o de allá que se van deslizando, lenta, pero inexorablemente en la otra, de allá o de acá, aquella que es la madre, hasta componer una nueva musicalidad, que funde en una sola voz los dos ritmos, los diferentes tonos y tempos y que termina siendo, tal vez, más propia y auténtica que la primera, porque es la con que uno termina pensando...

Y todo eso y más, a pesar de que tú afirmes una y otra vez, que el chileno no pertenece al habla castellana, que es un idioma "flotante", que se puede hablar sin verbos y sin sujetos, o a veces con varios sujetos a la vez, y que tiene la espectacular ventaja de permitirte entender de lo que estás hablando, incluso después de estar un buen rato en eso...

Pero, ¿cómo explicar entonces a los demás que las raíces que permanecían casi olvidadas, logran quebrar esa superficie y se introducen en el nuevo edificio a la menor provocación?... ¿Y que lo hacen sin aspavientos, apareciendo en los momentos menos pensados, con los recuerdos, las cosas y la geografía de nuestra infancia a cuestas? Una ronda infantil... La Niña María salía del baile,... un trompo de madera girando, con su púa clavada en un patio de tierra apisonada, unas bolitas de vidrio con su bolón y el "tiritito", un emboque, el infaltable quiltro callejero, las charadas, las adivinanzas, bastan para que, indefensos, nos volvamos a sumergir con renovado asombro en ese mundo que sigue vivo y presente a pesar

nuestro y de todo, en nuestro vivir lejos del lugar en donde comenzamos a inventar nuestro recorrido cotidiano al encuentro de nosotros mismos...

En cuanto a ti, Raúl, naciste en Puerto Montt, es cierto, pero, por donde te miren, siempre fuiste chilote, por dentro y por fuera, habitado por esa calma reflexiva de isleño acostumbrado al mar, a la lluvia y a unos cielos cubiertos e imprevisibles, capaces de regalar su azul de transparencia inigualable a la mínima aparición de ese sol de allá, espléndido y esquivo... Alimentado por un imaginario en el que todo no solamente es posible, sino que pertenece a la realidad, con brujos volando por el aire o "con perros rosados colgando de los árboles", como aseguraba tu abuelo...

Como uno más de allí, fuiste brujo y santero, inventor de imágenes y narrador infatigable de innumerables cuentos, mágicos y reales a la vez. Te atreviste a pasar de un camino a otro, hacia adelante, hacia atrás, hacia el lado, siempre en la infatigable persecución de tus propios sueños, reinventándote a cada paso...

En el transcurso de ella, lograste juntar y proyectar una enorme multitud de imágenes soñadas, de todos tipos y portes: chicas, grandes, sencillas, menudas, y hasta de rutilante estética barroca. Las fuiste entregando al mundo una tras otra, en una larga e inagotable herencia, sin filtros ni adobo, ni acomodados a los gustos estéticos festivaleros. Lo hiciste, juntando y revolviendo todo en un *menjunje*, sencillo y sabroso a la vez, sazónándolo a tu gusto, como una de esas humeantes pailas marinas que sólo se crean en la mágica isla que siempre fue tu verdadera patria.

Pero, a nosotros, aquí, en el borde de ese mismo mundo, nos regalaste algo más... Y de eso quiero hablar hoy contigo, amigo Raúl.

De cómo, entre tantas obras que nos has dejado, de esas en las que has volcado lo mejor de tu creatividad y de la estética depurada de tus imágenes, hay una que tiene resonancias más íntimas, más reveladoras de la no identidad que identifica este suelo y nuestra manera de pensarlo, de hablarlo y de vivirlo...

Sí, por supuesto, se trata de "Cofralandes", tu saga más rica y jugosa, más auténtica y certera. En ella, recorres los paisajes y la entera geografía del alma de Chile con tu mirada socarrona y llena de ternura. En un caleidoscopio de imágenes y personajes, que por su propia cotidianeidad y cercanía se vuelven casi invisibles a nuestros ojos, nos devolviste el rostro verdadero y casi oculto de esta tierra, bendita "a su manera".

Como un alquimista, con tu visión de Chile, debajo de la piel de nuestra aparente realidad, desvelaste ante nuestros ojos los huesos, las entrañas y la sangre de nuestro propio cuerpo escondido e inexplorado... Nos lo mostraste completo, sin

ahorrar ni “maquillar” nada. Sin mentiras ni eufemismos, confiando en que, al mostrar así nuestra realidad, la transmutabas en su mejor metáfora.

Allí vuelven los chinchineros, los viejos pascueros, a pleno sol, jurando respetar y honrar su uniforme... Una ronda de niñas cantando “la Niña María” con la cara llena de risa... Un trencito traqueteando a todo vapor entre un enjambre de animitas... O esos camareros, impecablemente formados, uniformados e impasibles, golpeando con piedras sus grandes bandejas redondas... Todo mezclado en una avalancha de sugerencias que, sin obstáculo alguno, se la enfilan libres hacia la emoción y el recuerdo.

Allí lograste depositar como en ninguna otra parte, sin resistencia alguna, sin falsos pudores, todo tu amor por esta tierra “en la que todo puede pasar”, extraña y entrañable, que sigue tratando de convertirse en país, y que, sin embargo, no puede esconder ni negar sus anticuerpos que la hacen desconfiar de los espejismos primermundistas de la competitividad, del crecimiento económico, del aumento del PIB, y del volumen de nuestras exportaciones, del mercado auto regulador y de otras tantas lindezas parecidas.

Un suelo y un pueblo siempre “en vías de...”, inconclusos, vagos, abiertos e impenetrables a la vez. Provistos de un claroscuro cambiante e inconstante que desconcierta la mirada y la mente de ese trío de cándidos personajes exploradores que inventaste: un gringo, un francés y un alemán, esa especie de *cocktail* europeo que aterriza de bruces en una realidad que “flota” y que, al igual que el idioma que se usa por estas latitudes, se construye y se de-construye a sí misma paso a paso, mientras se va desarrollando frente a ellos... y a nosotros, sin preocuparse de que la entiendan... y la entendamos.

Todo ha terminado aquí abajo, en Cofralandes. Ya se te rindieron los honores merecidos y siempre tardíos, como se estila aquí. Ya se apagaron los sonos majestuosos y tremendos del “Réquiem” de Mozart y la cálida voz de Verónica Villarroel, hasta los aplausos estruendosos que sacaste al irte... La gran iglesia vuelve a su apacible y fresca soledad.

Al salir de allí, en la puerta, me doy vuelta para mirar ese espacio ya vacío... Me parece divisar tu silueta, que se aleja... Te vas con tu mismo paso calmado, que no sabe de apuros, en tu misma postura de siempre: las manos entrelazadas detrás de tus espaldas, apenas encorvadas, tu pelo canoso y rebelde que hoy, el 26 de agosto del año del Señor de 2011, brilla de una manera extraña, contra la luz gris de esta tarde nublada de Santiago de Chile...

Claudio di Girolamo

## UNA CARTA DE AMOR DIFERENTE

(De “Apuntes desde la otra orilla, el teatro nuestro de cada día”...)

“.....En el grupo Ictus, planteábamos que **el teatro**, más que una disciplina artística, **es una forma de vida**. Con la arrogancia y la intuición de la juventud, dimos en el clavo en lo que eso significa de compromiso y constancia, de amor y de sombras compartidas.

Varias generaciones han sido nuestras cómplices, de palabra y de hecho, en esta premisa y elección de modo de vivir, sorteando muchos obstáculos y reiteradas tentaciones. Nuestro intento se ha teñido con toda la historia del pequeño país de donde vengo y que he elegido y que me ha acogido como segunda patria.

Allí están mis nuevas y ya antiguas raíces en su territorio y en su sangre, en el tiempo gastado y, sobre todo, en la entrañable sala La Comedia que conocí cuando ella aún no había nacido. Pasará más tiempo, pero a estas alturas nada podrá borrar mi relación de amor con ella. Para demostrarlo y declararlo frente a ustedes, retomo un momento del lejano 1982, en plena dictadura, a la víspera del estreno de “Sueños de Mala Muerte”, que nuestro gran José Donoso compuso junto al Ictus. Es, tal vez, uno de los pocos ejemplos de una *carta de amor dedicada a un espacio teatral*, que se puede entender mejor a la luz de lo que he relatado hasta ahora...

.....

En los programas de nuestras producciones, todos aquellos que de alguna manera nos considerábamos parteros de la nueva criatura, acostumbábamos siempre a expresar por escrito nuestras reacciones frente a ese milagro que se iba repitiendo, una y otra vez. En aquella ocasión, en la que, además, la sala La Comedia cumplía veinte años de actividad ininterrumpida, entre los textos de José Donoso, Nissím Sharím, Delfina Guzmán y Carlos Genovese, encuentro éste mío que, sin pudor alguno, voy a compartir con ustedes...

Dice así:

### “Veinte años después”

Sentado a oscuras, con la pequeña luz de trabajo en el tablero apoyado en mis rodillas, miro hacia el hueco negro de tu escenario. Todo está silencioso aquí abajo. Ya no sé si arriba es de día o de noche: el murmullo de la ciudad no se oye... Vine hasta aquí para recordarte y repensarme.

Hace mucho tiempo, te conocí desnuda, llena de andamiajes que obligaban a imaginarte más que a descubrirte; cuando platea y escenario eran una sola cosa informe.

Te he visto nacer en tus muros, en tus butacas, en los rincones escondidos de los camarines y de los servicios. He visto desenrollarse los cables, embutidos hoy en tu piel, que llevan desde la cabina la luz que hace vivir el espacio reducido del escenario.

Al mirarte ahora, tengo la pretensión de conocerte mejor que nadie. De saber tu historia incluso antes de que nacieras. De cómo te querían convertir en estacionamiento, bodega, o en algo más útil. De cómo te rechazaron por tu ubicación, lejos del foco bullicioso del centro.

En tus muros, como en los troncos de los árboles, está escrita, por capas, la historia de tu metamorfosis. Pasaste de blanca a azul, a roja, a negra; han desaparecido muros, han aparecido otros. Tú, pacientemente, te has adaptado, has aceptado que te “reinventaran para poder sobrevivir”.

Has sido lugar de encuentro para algunos, lugar de paso para muchos. Has acogido nuestra historia personal y colectiva con paciencia y fidelidad. Todo esto es cierto. Pero hoy vengo a hablarte de nosotros dos, de ti y de mí, solos. De lo que me has dado, pero también de lo que me has quitado.

Veinte años, como diría don Eustaquio, ese entrañable personaje medio loco y muy sabio de “Lindo país esquina, con vista al mar”, son toda una vida. Nos encontramos en otro tiempo, en otro Chile, con ganas de hacer y de soñar.

Nuestras vidas empezaron a hacerse mutuamente sin miedos, hasta diría con alegría y entusiasmo. Me gustó tenerte, sentir que con el tiempo la permanencia se iba transformando en pertenencia. Ver llenarse tu espacio de oídos atentos y mentes abiertas.

A través de los años, que me perdonen, me sentí **haciendo historia** contigo. Algunos de los que se sentaron entre los primeros en tus butacas, siguen viniendo. En ellos veo el paso del tiempo. Sus primeras canas me recuerdan cuánto te debo y cuánto me has quitado.

Le has dado un lugar a mis ilusiones y mis esperanzas. Has logrado enredar mi vida contigo. Por eso te quiero. Pero también te odio, porque al retenerme me has domesticado un poco, me has obligado a quedarme, a instalarme; me has tratado de convencer que sin ti no puedo vivir.

A lo mejor es cierto; pero tengo que ser franco contigo, especialmente hoy. Tendré que dejarte, tarde o temprano; o tú me dejarás. La “comedia” seguirá en otras partes para mí; para ti, aquí, con otros.

Como todo lo que no es eterno, caerás bajo la picota de la demolición para dejar paso a lo nuevo. Tu muerte dará paso a otras vidas.

No sé si estaré a tu lado ese día. Sólo quiero decirte hoy que, pase lo que pase, ha sido hermoso vivir contigo. Que los pequeños y grandes secretos que compartimos, las victorias y las derrotas, la magia y los sueños que hemos contribuido a crear, no desaparecerán. Quedan prendidos en otras existencias, desconocidos para muchos pero vivos. Ampliarán, de alguna manera, el mundo por venir...

Empiezas a llenarte de los ruidos familiares. Comienza de a poco el trajín preciso de los técnicos; el saludo de los primeros actores llegando interrumpe la quietud. El paréntesis, nuestro paréntesis ha terminado.

La presencia de José Donoso me trae a la realidad. El trabajo sigue su curso. El ambiente se pone febril, se entrecruzan las primeras órdenes.

Tu espacio, nuestro espacio, se va poblando de otras presencias, tal vez más vivas, más poderosas.

Entran el “maestro Osvaldo” con “el viejo chico”, trayendo una bandeja llena de un muestrario de tazas y vasos con café y té. ¿Cuántas sacarinas? ¿Quién tiene una cuchara?... El cuchicheo de la rutina del encuentro cotidiano, familiar y a la vez siempre nuevo...

Sin saber cómo, me encuentro de nuevo en la oscuridad, la pequeña lámpara azul de trabajo encendida, y miro con extrañeza mi mano anotando en un cuaderno, arriba a la derecha de la página: 4 nov. /82, 19,47 hrs. Primer Acto. “Sueños de mala muerte”.

Mi voz me llega de otra parte: “Ya, “chico”, cuando quieras”

Las luces de la sala se van apagando; en el escenario sólo las cortinas iluminadas con el 2 y el 3 al 50%, el 10 al 40% y el 11 al 50%.

Salen, muy lentamente, las luces. Un segundo de oscuridad. La sala se llena de los compases de “La Chica del diecisiete”. Comienza otro ensayo general...”

.....

En efecto, ya han transcurrido muchos años desde nuestra separación... Fue en 1986, después de veinticuatro de una unión casi perfecta. Algunos de los que me acompañaron ya no están con nosotros: el flaco Osvaldo, Roberto Parada; Juan, el utilero. Sin embargo, los traigo y los traeré siempre conmigo, en mi mochila, entre mis mejores recuerdos...

Las palabras, que recordé aquí, fueron premonitorias. Empecé un día otro camino, más abierto e inseguro, más lleno de hechos y personas imprevisibles, en un momento en que aún se veía lejos la libertad soñada y luchada. He seguido, tozudo, escribiendo, dirigiendo,

enseñando en mi país y en muchos otros lugares. Hasta viajé por el mundo con unos entrañables payasos que se negaban a perder la esperanza, a pesar de sus miserables vidas.

Tampoco yo he perdido la mía. La sigo alimentando día tras día, con dedicación y constancia, como el tesoro más grande que aún tengo. Me ayudan a seguir en este camino, las vidas de muchos jóvenes que deciden con valentía entregarse a esta profesión de fe que es el teatro.

No sé lo que sucederá en el futuro; qué nos está reservado a los que nos negamos a olvidar nuestros sueños y que queremos seguir soñándolos, invitando a otros, desde el escenario, a soñarlos con nosotros a pesar de las más implacables tentativas para impedirlo.

Creo, firmemente, que ellos son los únicos que nos pueden devolver las fuerzas que a veces flaquean, recomponer las esperanzas trizadas e impulsarnos a seguir luchando para instalarlos definitivamente entre nosotros como los más seguros pilares sobre los cuales construir un mundo más humano para todos.

Claudio di Girolamo

## EPÍLOGO

Si el tiempo a disposición me lo permite, suelo refrendar lo afirmado acerca del poder de la creatividad con un par de breves recuerdos personales de situaciones-límite vividas durante la segunda guerra mundial, y que me acompañan hasta hoy animándome a seguir adelante para realizar mis sueños.

### RECUERDO 1: HAMBRE Y CREATIVIDAD

En toda guerra, a los civiles nos toca el triste rol de ser testigos obligados de la agonía de un modo de vida que ha sido muy nuestro y que se va muriendo poco a poco entre los estallidos de las bombas que se intercambian, de ida y vuelta, los enemigos de turno. Con el hambre como compañera inseparable con quien se amanece y se duerme, sin solución de continuidad, y llegar a la conclusión de que esa sensación es "normal".

Un día, sin embargo, se produjo una especie de epifanía, representada por mi madre, que rompió para siempre ese círculo vicioso... Fue una noche de invierno, después de la enésima alarma aérea. Estábamos tapando las ventanas con las acostumbradas frazadas, antes de encender las pocas lámparas disponibles para que su luz no filtrara al exterior y cumplir así la ordenanza antiaérea.

Nos esperaba una noche de aquellas en las que los ruidos del estómago vacío sonaban a trío en el dormitorio de los tres hermanos di Girolamo. Ya habíamos hurgado en todas las ollas de la cocina sin resultado alguno y nos aprestábamos a dar el eufemístico saludo de las "Buenas noches", cuando mi madre nos detuvo con una simple y escueta orden: "Ayúdenme". Con gestos decididos se dirigió al mueble del comedor y comenzó a sacar mantel, servilletas, cubiertos, vajillas y copas, mientras organizaba a los tres muchachos en la preparación de la mesa.

Con una mirada de complicidad, mientras tanto, mi padre había desaparecido hacia su taller, al otro extremo del departamento... Nos llamó la atención que salieran de los cajones las mejores piezas, aquellas que, antes de la guerra, se usaban para las grandes festividades de la Navidad y del Año Nuevo.

Al rato, mi padre regresó al comedor con un block de dibujo y varios lápices y los entregó a mi madre. Ella fue depositando en cada plato una hoja y un lápiz y nos convidó a sentarnos. En aquel entonces, los niños acostumbrábamos rezar antes de cada comida.

Recuerdo, claramente, las sencillas palabras de aquella oración: "Señor, bendice los alimentos que vamos a comer y haz que a los niños pobres nunca les falte el pan, amen"... Pero, ¿de qué alimentos estábamos hablando en esa ocasión, si los platos vacíos apenas exhibían un papel y un lápiz, no muy comestibles ni apetitosos que digamos...?

Fue entonces cuando la voz de mi madre sonó alegre encima del desconcierto de los niños:

“¡Dibujen lo que quieren comer!...”

Y allí se produjo el milagro...

Azuzados por mi padre, gran maestro pintor, comenzamos a dar rienda suelta a la imaginación más desbordante y al hambre apenas contenida. Dibujábamos con apuro, con gula mal disimulada, pavos y cerdos, corderos y vacunos adobados en mil formas. Compusimos, entre risas, platos extraños con mezclas exóticas nunca vistas ni imaginadas antes, adornados con fantasía desbordante. Pronto, hicieron falta los lápices de color... Y las salsas y las carnes adquirieron peso, espesor, sabor, calidad táctil y gustativa.

De inmediato, comenzó el mercadeo:

“¡Cambio cordero por vacuno!” “¡Dos porciones de tallarines con salsa boloñesa por pescado al horno!”, “¡Timbal de queso con carne por strudel de manzanas!”... “¡Champaña francés por vino siciliano!”...

Y vamos tomando agua y riendo y haciendo fiesta, mientras los papeles volaban por encima de la mesa, al ritmo de ese trueque gozoso... Al rato, nos fuimos a acostar con los estómagos vacíos, pero felices. Ya no teníamos hambre... Ella había desaparecido, tragada en el torbellino de voces y risas que no le dejaron espacio para que siguiera doliendo...

A la distancia, hoy pienso que en ese lejano 1942 se produjo un milagro de alquimia. Esa noche, la materialidad del hambre se transmutó en FIESTA. Fue el momento en que mi madre, con su creatividad, logró poner en escena la metáfora más impresionante que yo haya visto nunca en un escenario. Además, en los intersticios más recónditos de mi conciencia, ha depositado una fe a toda prueba en la capacidad de la imaginación para cambiar físicamente la realidad. Sobre todo, la certeza de que cada situación límite trae consigo, en su interior, los elementos para superarla a golpes de creatividad, amor y osadía.

## **RECUERDO DOS: UN REGALO CREATIVO**

“Corría el año 1941, estábamos en plena guerra... Fue un 31 de octubre, el día de mi cumpleaños número 12. En aquel tiempo, en mi familia, para esas ocasiones, teníamos un pequeño ritual: El cumpleaños se hacía el dormido hasta que el resto de la familia se acercara sigilosamente a su cama para despertarlo con el canto del “cumpleaños feliz” y entregarle los regalos.

Sin embargo, ese día, por mucho que esperara, no hubo cantos, solo una leve sacudida en mi hombro que me hizo abrir los ojos. Vi, frente a mí, a mi padre, a mi madre y a mis dos hermanos. Mi padre se me acerca y me muestra sus manos vacías...

“No hay plata para regalarte nada y la comida es la misma de la ración de guerra de todos los días.

Pero, en estos casos, por lo menos se acostumbra entregar un deseo y aquí va, en nombre de todos nosotros...”

Me tomó de los hombros y, mirándome derecho a los ojos, me dijo: **Te deseo que cuando te toque irte de este mundo, lo dejes un poco mejor de cómo lo encontraste...”**

Ya han pasado muchos años desde ese día, pero el deseo de entonces de mi padre me sigue acompañando. Niño de doce años, del lejano 1941, yo veía como un hermoso y casi irrealizable sueño, la posibilidad de cambiar el mundo.... Hoy, a los 84 años, por el contrario, estoy seguro de que se puede lograr y que **depende de cada uno de nosotros “dejar el mundo un poco mejor de cómo lo encontramos... Por mi parte, en eso estoy....**

Muchas gracias, Claudio di Girolamo

## UNA CARTA PARA FERNANDO

Muy querido Fernando, maestro y amigo entrañable  
Muy querido Fernando, maestro y amigo entrañable

Todo comienza con unos fotogramas de un antiguo documental...

En ellos apareces tú, el día de término de la toma del 11 de agosto del '67, abriendo la cadena que cerraba el portón de la entrada de la casa Central...

Ni los mejores creativos de esta brillante sociedad de mercado, dedicados a convencernos de cualquier cosa cargando cualquiera imagen con las metáforas más descabelladas podrían haber compuesto una escena tan precisa y tan llena de significados, ocultos para muchos, pero luminosamente claros para toda una generación...

Ha sido esa imagen la que ha despertado y sacudido del letargo del tiempo pasado otras escenas, otros recuerdos que hoy quiero traerte y compartir contigo y con estos otros, amigos y amigas que han venido hasta acá por el solo motivo de recordarte y recordarnos en comunidad, los unos con los otros, como tú nos enseñaste con tu ejemplo y tu consecuencia a toda prueba.

Ese día, abriste el candado no para "desalojar" esos "revoltosos" de entonces, sino para que esa cadena cayera y desapareciera de la vista y del alma de tantos jóvenes que ya entonces no querían que les encerraran sus sueños y les negaran sus esperanzas.

Que sí, querían ser parte activa de la construcción de "otra universidad", que fuera de verdad "católica" y "universal", en sus propósitos y sobre todo en su acción en la sociedad, una Casa abierta a todos aquellos y aquellas que quisieran acercarse al "saber" con libertad para el debate, sin temor al cotejo de ideas, dispuestos y dispuestas a luchar para no verla transformada en una productora de "eruditos" para las élites clasistas de un sistema social injusto...

... Hiciste desaparecer esa cadena y ese candado durante un tiempo largo, conseguiste aunar sueños y fuerzas para hacer realidad una Reforma que sigue siendo un ejemplo para todo Chile.

Con ella se pudo demostrar que es posible esperar y exigir de una universidad algo más que "cartones" engañosos para exhibir en el mercado del trabajo.

Abriste de par en par esa amplia reja para que entrara la vida "de verdad", a borbotones, de esa juventud chascona, desordenada tal vez, de seguro un poco ingenua todavía respecto a tantas cosas, pero con unas ganas locas de dejar la impronta de sus manos en la construcción de un vago mundo nuevo pero no por eso menos real y deseado. Como nunca antes, esa "nuestra" Universidad se transformó en un foco de cultura y comenzó a recorrer el camino para llegar a ser lo que se planteó en el primer

Claustro: convertirse en Conciencia Crítica de la Sociedad.... Hasta que otros, muy distintos a los primeros, llegaron bien ordenados y uniformados y ... volvieron a ponerle una nueva cadena a esa puerta... hasta que un rotundo ¡NO! gritado en todo Chile, obligó a soltarla...

No podemos engañarnos y menos vendernos "pomada" entre nosotros, los de entonces... Esta casa, nunca volvió a ser la de antes. No podría ser de otra manera. por un simple hecho... Los tiempos y el mundo han cambiado... Pero, gracias a Dios, las Universidades siguen en crisis...

Y eso sigue dejando espacio para que otros, al igual que entonces, se sientan llamados a aportar su creatividad y sus propios y nuevos sueños a esa posta de relevos que es la construcción de la cultura humana.

.....

Hoy, cuarenta y seis años después, al recordar ese "maravilloso caos" de que hablabas al mirar esa multitud de jóvenes llenos de sueños y fuerza arrolladora, decididos a cambiar el mundo, me da por preguntarme: ¿Quién contagió a quién? ¿Fue el maestro? ¿Fueron los discípulos?,, Mirado a la distancia, parece ser que sucedieron ambas cosas...

Lograste entender y entenderlos, a veces a pesar de ellos mismos, sencillamente porque los quisiste y te quisieron desde el primer momento; porque sentiste que no los podías defraudar, que no debías fallarles a ellos, ni a Chile. Que la construcción de tu propia vida y tu manera auténtica, y sin aspavientos de enfrentar los riesgos y las vicisitudes que ella te ofrecía durante todo el tiempo que te quedaste junto a ellos, debía bastar para dar testimonio concreto de lo que pregonabas con tus palabras...

Por eso debe ser que nunca trataste de ser un ejemplo para nadie, ni trataste de hacer cosas extraordinarias.. Pero, por Dios que incluso a pesar de ti mismo, conseguiste dejar huellas difíciles de borrar y recuerdos que hacen bien al alma.

Fuiste un hombre bueno, lo que es muy distinto a ser considerado un "buen hombre"; ejerciste la amistad como un regalo, entregada en gestos y acciones solidarias y comprometidas, cargadas de un respeto constante y un amor por aquellos otros que se sintieron siempre acogidos y respetados en su dignidad de personas....

Querido Fernando, poco antes que te fueras de nuestro lado, los comuneros de Villa La Reina te nombraron como PADRE... Bien sabes que ese título no se otorga ni se merece fácilmente, es más, en general nos resulta muy difícil llamar así a alguien que no sea de nuestra misma sangre. Es el reconocimiento más hermoso y certero que en esta ocasión yo también encuentro para decirte que contigo no valen las rebuscadas alabanzas "post mortem" que suelen llenar tanto papel con tantas palabras.

Que cinco letras bastan, porque tienen el poder de marcar para siempre el sentido más profundo de una relación que ya se hizo indisoluble. Es la misma que nos mueve hoy

a llegar hasta aquí, para renovar nuestro amor por esta Casa que nos acostumbraste a considerar y sentir como nuestra, y recordar, juntos a los que hoy la habitan, unas palabras que nos dejaste poco antes de tu partida:

*"... La Universidad, como concepto, es el lugar donde se cumple un compromiso fundamental con el pueblo al cual se pertenece. Esa idea ha desaparecido, quizás porque la palabra "pueblo" hoy día está vedada, nadie la pronuncia. Ni los sociólogos, ni los sicólogos, ni los matemáticos, pero el pueblo realmente existe. Esa masa inmensa de gente más desvalida, más desamparada, que tiene inquietudes, que tiene sueños, hay que apoyarla. Pero nadie más lo podrá hacer si no es el férreo compromiso de la universidad con su pueblo"...*

Un abrazo enorme, estés donde estés,

Con todo mi afecto y mi profunda amistad de siempre,

Claudio di Girolamo

Universidad Católica de Chile,  
Campus San Joaquín,  
12 de noviembre de 2013